

LAS jornadas de reflexión iniciadas en Castellana, 3, a pesar de su péssimo comienzo, son el inicio de la gestación y elaboración del nuevo pacto social que sustituya al ahora firmado hace un año por los partidos políticos en el palacio de la Moncloa. Sindicatos, empresarios y Gobierno han empezado a reflexionar conjuntamente, no tanto sobre el qué debe contener el pacto como sobre a quién ha de beneficiar políticamente al coincidir con la finalización del proceso constituyente, que plantea el tema de las elecciones generales.

El mismo documento presentado por los representantes gubernamentales analizando los resultados del pacto de la Moncloa, que fueron entonces acogidos por algún minoritario sector de la opinión pública con los mismos calificativos entusiastas que ahora son empleados para defender una determinada contrapartida política, es bastante bien elocuente. Los asalariados han reducido su participación en la renta nacional a un nivel inferior al de hace dos años, un 64,5 por 100, mientras que los empresarios lograron invertir la tendencia decreciente de su participación en el ingreso nacional, obteniendo el 35,5 por ciento; el crecimiento del paro en 1978 será casi el doble de lo previsto y las inversiones se redujeron de lo pronosticado, a la vez que será extraordinariamente difícil, por no decir imposible, mantener los precios en el tope del 16 por 100 fijado en la Moncloa.

Una conclusión izquierdista, a la vista de estos datos, impugnaría la necesidad de la firma de un nuevo pacto social como impugnó hace doce meses el pacto de la Moncloa y una deducción derechista intentaría disfrazar todavía más este pacto social como hace un año adornó lo firmado en el palacio gubernamental. Ambas tentaciones olvidarían que la verdadera dicotomía gira en estos momentos en torno al pacto social forzado "versus" pacto social pactado. O, lo que viene a ser lo mismo en términos políticos, entre dictadura y democracia.

La lógica de un sistema

Si hubiera que definir de una manera concisa el acuerdo económico diríamos que la palabra clave es necesidad; se trata de un pacto impuesto más que del resultado de una estrategia política de la izquierda. Subyace, por lo tanto, la resignación justificada de las fuerzas de la izquierda a una etapa de austeridad para el pueblo español, como única opción que permite el contexto capitalista nacional e internacional a una agravación todavía más catastrófica del pa-

ro, inflación, y del déficit comercial con el exterior. Es la lógica implacable del sistema y desconocerla sería tan ingenuo como peligroso.

El hecho de que los partidos obreros intenten obtener el máximo de contrapartidas económicas posibles, que permitan un profundo saneamiento y modernización de las estructuras, no varía un ápice el fondo sustancial del carácter social de este pacto. Porque no altera, ni pretende hacerlo, los mecanismos de acumulación, inversión, producción, consumo; ni supone ninguna modificación en los mecanismos ideológico-políticos y

ra quién. Dilucidado el qué, la única duda estriba en saber quién ha de beneficiarse políticamente de esta situación de pacto social. Ello es lo que explica que una discusión preferentemente económica esté tan repleta de argumentaciones políticas: número de interlocutores, tipo de protagonistas, duración del acuerdo, órgano de control o seguimiento de los pactos, etc.

Porque en realidad la verdadera polémica gira en torno a si se han de convocar o no elecciones generales después del referéndum constitucional. Para lo que la tipología de firma del

REFLEXIONA



no implica la participación de la clase obrera en la dirección de los asuntos económicos; en suma, no se sale de la lógica del sistema y, por consiguiente, quiérase admitir o no, contribuye a integrar a los trabajadores en él. Es precisamente porque no reúne ninguna de estas características que no sólo está de moda, sino que es el reverso económico del anverso político de una misma línea política de la derecha española.

De ahí que la reflexión vaya orientada por todas las fuerzas sociales y políticas en dirección a la contrapartida política: no se reflexiona para qué sino pa-

pacto social, a tres o cuatro bandas, puede ayudar considerablemente en un sentido o en otro. Y ello es tan extraordinariamente claro en las lógicas motivaciones del PSOE, que piensa acertadamente en conseguir el primer puesto electoral, como en las no menos lógicas actitudes del partido gubernamental o del Partido Comunista.

Aunque, paradójicamente, este enfrentamiento político tenga como principales adversarios a los dos partidos de la izquierda, mientras que la organización de derechas mantiene una aparente neutralidad que refleja tanto una táctica política como una profunda desorientación interna. De ahí que sea interesante detenerse en estas contradicciones del partido gubernamental como en las razones de fondo que impulsan al PCE a esta ofensiva política antisocialista, dado que en este contexto no hace falta detenerse en los objetivos del PSOE que son tan claros y diáfanos como sus enormes posibilidades electorales.

La derecha, en busca de una política de alianzas

Es precisamente este reflexionar para quién lo que determi-

na la ambigüedad de UCD, que no sabe si jugar definitivamente la carta socialista o la comunista, aunque en uno u otro momento se incline en una u otra dirección para, lógicamente, estimular y aprovechar las posibilidades que encierra la "guerra fría" que se desarrolla en el seno de la izquierda. Porque lo que se está ventilando no es sólo poder seguir en el poder tres años más, gracias al apoyo de Santiago Carrillo, sino el tipo de política de alianzas que va a ejecutar la derecha española en esta segunda fase del proceso democrático.

Por ello, quienes en el inte-

comunista para lograr nuevas concesiones socialistas.

Aunque no está de más señalar que en esta controversia cuenta asimismo el interés general de estos dos bandos por reducir al mínimo la pérdida de votos y, lo que todavía es más importante, la gran autonomía política de los "azules" sobre su mismo partido y sobre el bloque social de la derecha en general. Instalados en puestos claves y decisivos, se beneficiarán, además, de la herencia de cuarenta años de a-tonía política en los que unos burócratas, ateniéndose siempre a los intereses sociales fundamentales de la de-

rechaz por tres años más va a ser la mejor fórmula para no firmar un pacto social, para realizar transformaciones estructurales en la economía del país, olvidando lo sucedido con la sistemática violación de los pactos de la Moncloa en todos los capítulos estructurales. Todo ello acompañado de la tesis sobre la gravedad de la situación que conduce inevitablemente a este pacto, cuando la inmediata historia de nuestro país y la reciente europea (1977 fue un año más crítico en lo económico, 1976 lo fue en lo político y en la Europa de la posguerra, sin consolidar la de-

taluña (donde el 20 por 100 de votos del PSUC no se sienten amenazados por los socialistas, con los que siempre han llevado una política unitaria), juega con el futuro de CC.OO. al emplear a la primera central sindical como ariete político. Así, el temor a un supuesto peligro potencial, un Gobierno con participación socialista que potencie el sindicato socialista, agudiza un peligro real en caso de que fracase esta ofensiva política, dado que en unas próximas elecciones sindicales CC.OO. ya no podrá capitalizar en la misma proporción su lucha contra el franquismo, sino que tendrá que rentabilizar, fundamentalmente, el logro o la no consecución de este asalto anti-PSOE.

Y es que el PCE no está para fiestas. Al verse obligado a actuar en un marco político que no preveía, sus planteamientos persiguen, fundamentalmente, asentar su propia organización, intentando trasvasar el voto sindical al campo político, para lo que consideran imprescindible frenar el impresionante crecimiento electoral y político de un partido que apenas existió bajo la dictadura. La duda está en si este tipo de política va a lograr este objetivo o si, por el contrario, va a ser un "boomerang" contra esta misma organización.

Porque el problema clave reside en que el proceso democrático no puede esperar a que un partido crezca o disminuya para entrar en una nueva fase. La realidad social lleva un "timing" desfasado en relación con el ritmo renovador del PCE y la incógnita radica en si oponiéndose a la velocidad del cambio político se va a disminuir esta contradicción. De ahí que el resultado de esta reflexión sirva para saber quién va a llevarse el gato al agua en el seno de la derecha, a través de la lucha de corrientes en el seno de UCD, como para conocer si el equilibrio político de la izquierda va a ser corregido en función del equilibrio sindical o si el equilibrio sindical va a ser desequilibrado por el equilibrio político. No tenía por qué ser así, ni estaba escrito que lo fuese, pero va a ser así tal y como está planteada esta reflexión. ■

¿PARA QUIEN?

rior de UCD representan una opción histórica, ideológica, con una visión de la política a largo plazo (socialdemócratas, liberales y cristiano-demócratas) chocan con el pragmatismo, gusto por el poder y burocratismo, con una perspectiva política a muy corto plazo ("azules") a la hora de elegir el aliado. Así, vuelve a reproducirse la polémica entre los ex funcionarios políticos de la dictadura, partidarios de coger la mano de Santiago Carrillo, y los herederos de la oposición democrática de derechas, que cuestionan esta política y se plantean, en mayor o menor grado, una alianza de tipo europeo con los socialistas.

Y es que, junto a distintas consideraciones estratégicas sobre si la derecha ha de apoyar o potenciar a los comunistas o los socialistas, existe también una discusión táctica. Un acuerdo en la línea comunista significaría, por la fuerza de las cosas, un pacto bilateral con el PCE con la consiguiente declaración de guerra socialista; mientras que un acuerdo con los socialistas no puede provocar la oposición comunista, vía CC.OO., porque ayudaría a la convocatoria de elecciones generales, que es lo que trata de evitar el PCE. Ello es lo que hace que, en tanto opta por una política de alianzas, UCD presione al PSOE con la maniobra

recha, se movían en el campo político con extraordinaria "independencia".

No está el PCE para fiestas

Es justamente sobre este carácter autónomo de esta fracción de UCD, que decrece cada día que nos vamos alejando cronológicamente de la dictadura, sobre la que apuesta por todo lo alto Santiago Carrillo. La obsesión anti-PSOE, alimentada por el temor a la errónea política hegemónica que los socialistas desarrollan en el seno de la izquierda, empalma en esta ocasión con la continuación de una misma y coherente política sin resultado a través de una década: pacto por la libertad, pacto de la Junta Democrática, pacto de concentración y pacto político que envuelva al pacto social como los anteriores pretendieron envolver a la salida política de la dictadura.

Su línea de argumentación ha sido, una vez más, expuesta en la fiesta del PCE: el pacto comunista no es social, el que proponen los socialistas sí lo es, el bipartidismo equivale a pacto social y estamos ante el dilema de optar por uno u otro tipo de desarrollo económico. Todo un no muy elaborado análisis que pretende hacer creer que la permanencia de un Gobierno de de-

mocracia como en Italia, la situación era realmente alarmante) demuestra todo lo contrario sin la menor duda.

La debilidad de esta argumentación, sin embargo, no produce ningún tipo de discusión interna en la base del PCE. Al contrario, puede decirse que hay que remontarse bastantes años atrás para encontrar un sentimiento tan unitario como el que existe hoy. Porque, aunque ello sea estimulado, los militantes de esta organización viven bajo el más acusado patriotismo de partido al considerarse amenazados por la tremenda expansión socialista. La supervivencia de la organización, como colectivo político de mínimo peso, cobra aspectos anti-PSOE difícilmente describibles.

La posibilidad, incierta por otra parte, de que el PCE acabe en una catacumba legal —ante una política socialista que aprovecha los errores comunistas— se vuelve no contra la dirección, sino contra la fuerza mayoritaria de la izquierda con todo un arsenal ideológico del más rancio estilo antisocialista, que llega hasta bordear el conocido adjetivo staliniano de "social-fascistas".

Esta política indiscutida, con algunas excepciones en el aparato y en los máximos órganos de responsabilidad, sin olvidar la importante excepción de Ca-